

Populismo y neoliberalismo: una convergencia de época

Javier Ojeda Payá
Universidad de Málaga 
Pedro Martín Moreno
Universidad de Granada 

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.85427>

Recibido: 26 de diciembre de 2022 • Aceptado: 26 de noviembre de 2024

Resumen. La razón neoliberal se ha establecido como una “conducta de la conducta” a través de la cual los valores del mercado han colonizado tanto instancias gubernamentales como esferas sociales ajenas al ámbito económico. No obstante, en este mismo contexto en el que se da un aumento de la competitividad intrasocial, se asiste a una continua proliferación de movimientos populistas cuyas identidades se solidifican a través de lazos libidinosos. El presente trabajo ahonda en esta situación aparentemente paradójica e indaga en cómo la producción biopolítica de subjetividades neoliberales genera un terreno que favorece la emergencia de discursos populistas.

Palabras clave: Neoliberalismo; identidad; populismo; razón; afecto.

[EN] Populism and neoliberalism: an epocal convergence

Abstract. The neoliberal reason has been established as a “conduct’s conduct” through which the market’s values have colonized governmental instances and social spheres outside the economic domain. Nevertheless, we can find in this context –in which we witness an increment of social competitiveness– a huge rise of populist movements whose identities are built with libidinal laces. This essay delves inside this apparently paradoxical situation and analyses how the biopolitical production of neoliberal subjectivities favors the emergence of populist discourses.

Keywords: Neoliberalism; Identity; Populism; Reason; Affection.

Sumario. Introducción. 1. La lógica populista. 2. La razón neoliberal 3. Una paradoja epocal. Conclusiones. Bibliografía.

Cómo citar: Ojeda Payá, J.; Martín Moreno, P. (2025). Populismo y neoliberalismo: una convergencia de época. *Res Publica. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, 28(2), pp. 199-208.

Introducción

Tras el por muchos proclamado fin de la historia, en el que la democracia liberal, después del colapso del llamado socialismo realmente existente, se erige en una suerte de sentido común global, los cimientos sobre los que debiera fundarse este nuevo orden se muestran de tal inestabilidad que la cuestión no gira en torno a la existencia o no de una crisis de los sistemas demócratas, sino sobre el alcance de la misma. Desde una perspectiva material, el capitalismo viene sufriendo los efectos de crisis de un alcance inimaginable en siglos precedentes. Ello debe ser imputado, entre otros factores, a las dificultades cada vez mayores para compensar la tendencia decreciente de la tasa de ganancia y lidiar con

los desajustes provocados por su proyección financiera, erigida esta como única alternativa para hacer viable el ciclo del capital. En este orden de cosas, la democracia liberal parece haber dejado de constituir el correlato político privilegiado del discurso capitalista, habiendo entrado en crisis como régimen de verdad y como proyecto moral. Esto da paso a un nuevo momento histórico caracterizado por un profundo nihilismo que pone en cuestión tanto las verdades como los valores otrora estructurantes del proyecto liberal.

Será precisamente en el marco de esta incapacidad de establecer un consenso social donde se desarrolle el neoliberalismo como forma gubernamental que, desde la década de 1970, predomi-

nará en el marco de las sociedades occidentales. Su promesa es, frente a la imposibilidad de establecer un fundamento último que ordene las sociedades contemporáneas, fundar estas sobre la esfera del mercado, que pasaría ahora a determinar qué intervenciones políticas son legítimas o no. Por supuesto, dicha cuestión no implica que de forma previa al neoliberalismo los Estados no actúen conforme a las necesidades del mercado, por el contrario, las implicaciones históricas del desarrollo de la forma Estado y el capitalismo son difícilmente refutables. Es por ello que debe repararse con atención en el elemento diferencial de la gubernamentalidad neoliberal a este respecto: no ya actuar conforme al mercado sino fundar el Estado en el mismo.

En el ámbito de lo político, esta ausencia de fundamento da lugar a una nueva lógica política: el populismo. En su concepción laclausiana, el populismo responde al mismo desafío que el neoliberalismo: instituir lo social sin fundarlo en una esencia última que genere una sociedad reconciliada consigo misma, escenario que es, como se ha señalado, irrealizable. Es por ello que el populismo, en tanto lógica que no articula de manera necesaria unos contenidos determinados es, por definición, ambivalente.

Así, aunque las experiencias populistas han demostrado la capacidad de dicha lógica para canalizar el malestar social, cabe distinguir las diversas formas en que el populismo se manifiesta. En el presente, frente a la irrupción y triunfo de los populismos de tendencia derechista, los populismos de izquierda parecen limitarse a articular las demandas insatisfechas generadas por el propio neoliberalismo pero mostrándose, quizás precisamente por ello, incapaces de trascenderlo.

La presente investigación indaga en este matrimonio tal vez inesperado aunque, en ningún caso, falto de coherencia entre neoliberalismo y populismo como potenciales elementos fundadores de un nuevo equilibrio que haría viable el capitalismo en los albores del siglo XXI. Con este fin, se propone un trabajo teórico que, superando las connotaciones peyorativas que el neoliberalismo y el populismo adoptan en el imaginario común y en ciertas coordenadas teóricas –lo cual atenta contra la operatividad analítica de sendos conceptos– y consciente de su naturaleza poliédrica, los tome con la seriedad que los mismos merecen: como dos de los elementos que estructuran la dinámica de la sociedad contemporánea.

1. La lógica populista

A pesar de que todo concepto político genera debate en torno a su especificidad, pocos gozan de tan escaso consenso en el ámbito académico como el de populismo. Trabajar con esta categoría es hacerlo con una de las más conflictivas y polémicas de la teoría política, lo que que dificulta el estudio riguroso de una de las más relevantes manifestaciones políticas contemporáneas¹.

¹ La falta de consenso es tal que autores como Chamosa defienden la eliminación del término del vocabulario político. Sin embargo, en contra de esta postura se puede argumentar que conceptos como *democracia* o *libertad* son también vagos e imprecisos y su operatividad no se discute. Cf. O.

Siguiendo la argumentación de Panizza, existen tres enfoques teóricos principales en el abordaje del populismo: 1) generalizaciones empíricas; 2) explicaciones historicistas; y 3) interpretaciones sintomáticas. Mientras que el primero pretende inteligir una serie de características comunes en toda expresión populista, el segundo trata de vincular la experiencia populista a formaciones sociales o situaciones históricas concretas. Por último, las interpretaciones sintomáticas se caracterizan por una visión no esencialista del fenómeno que centra su atención en la constitución del pueblo como actor político².

Este enfoque se conforma principalmente en torno al trabajo de Ernesto Laclau³. El argentino defiende que lo específico del populismo “no será encontrado en algún contenido político o ideológico que se adentre en la descripción de las prácticas de cualquier grupo particular, sino más bien en un modo particular de articulación de contenidos sociales, políticos o ideológicos”⁴. Además, adoptar la distinción heideggeriana entre los planos ontológico y óntico, situando la lógica populista en el primero, le permite superar las innumerables excepciones a las que se enfrentan los demás enfoques y explicar el por qué de las diferencias ideológicas existentes entre los distintos populismos. Por dichos motivos será la perspectiva adoptada en el presente trabajo.

1.1. La teoría social del populismo

El concepto de populismo de Laclau opera en clave posfundacional, negando radicalmente la existencia de una metafísica de la historia que explique y determine *a priori* los procesos históricos. Por lo tanto, interpreta lo social como un terreno contingente, heterogéneo y sobredeterminado en el que se da una producción constante de diferencias que se relacionan en un juego hegemónico bajo las coordenadas del discurso, la retórica y la comunicación política. En este sentido, no concibe “una correlación natural directa entre la posición social de un agente y sus tareas en la lucha política”⁵, motivo por el que las características de su sujeto, el pueblo, responden al contexto en el que se inserte, siendo éste susceptible al cambio⁶.

A pesar de concebir lo social como un espacio plural, Laclau no desecha la idea de totalidad. No obstante, la entiende siempre hegemónica y precaria. El populismo hace suyas las enseñanzas del psicoanálisis acerca del psiquismo humano y los

Chamosa, *Populismo: crítica a la utilidad de un concepto peyorativo*, Nuevo Mundo, 2013.

- 2 F. Panizza, *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- 3 E. Laclau, *la razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- 4 E. Laclau, *La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana*, Nueva sociedad, 2006, p. 2.
- 5 J. Butler, E. Laclau y S. Žižek, *Contingencia, hegemonía, universalidad: diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 101.
- 6 Dicha cuestión explica la crítica de los teóricos populistas a la tradición marxista. A sus ojos, esta realiza una interpretación esencialista y economicista tanto de la historia como de los sujetos políticos adecuados para pensar en la emancipación social. Cf. E. Laclau y C. Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI, 2015

elementos que explican la unión social por lo que, lejos de adoptar las recurrentes críticas ilustradas a la emotividad de las masas, defiende que los afectos forman parte inseparable del género humano. Laclau señala –haciendo una lectura lacaniana– que todo sujeto está atravesado por una falta, una brecha constitutiva que, a pesar de resultar imposible de suturar, empuja a los individuos a tratar de cerrarla. Esta sensación de imposible plenitud es lo que el populismo pretende sustituir con el goce de pertenecer a su comunidad⁷.

La teoría populista laclausiana recoge los descubrimientos de Freud acerca de la libido como la esencia del alma colectiva así como sus enseñanzas acerca de las instancias psíquicas del Yo y del Ideal del Yo⁸. Según la perspectiva psicoanalítica, el Yo del infante se siente capaz de satisfacer todos sus deseos pero, al enfrentarse a una realidad que no satisface sus exigencias, genera una nueva instancia psíquica –el Ideal del Yo– en la que emplaza “todas las perfecciones valiosas a las que el sujeto aspira, estableciéndose una distancia entre el Yo y sus ideales”⁹. Esta nueva instancia tiene las funciones de la “auto-observación, la conciencia moral, la censura onírica y la influencia principal en la represión”¹⁰ y se construye a partir de distintos modelos que se perciben como ideales, aunque, llegado cierto punto, es posible forjar un ideal relativamente independiente de sus modelos. Sin embargo, aquellos individuos que no consiguen refinar dicha instancia, tienden a confundirla con su narcisismo primitivo y a reemplazarla por objetos con cualidades similares a las propias.

A partir de esta categorización y diseminación del aparato psíquico, Freud explica los motivos que empujan a los sujetos a unirse en una masa. Considera que cuando un número considerable de sujetos “han reemplazado su ideal del «yo» por un mismo objeto” se establece “entre ellos una general y recíproca identificación del «yo»”¹¹ dando lugar a una *masa primaria*. Esta parece ser la masa sobre la que trabajan Laclau y Mouffe.

1.2. La identidad populista

Laclau señala que el proceso de construcción de la identidad populista comienza a partir de aquellas *demandas democráticas* existentes en el seno de la sociedad que, orientadas inicialmente a una institución, no han logrado ser satisfechas. El populismo articula discursivamente estas demandas en una *cadena equivalencial* que, generada sobre la negatividad común da lugar a una única *demandas populares*. Esta nueva demanda unitaria, lejos de reclamar ya la resolución de las distintas demandas existentes en su seno, exige la caída por completo del sistema institucional¹².

Para ser operativa, esta cadena precisa de un elemento que haga inteligible la totalidad de demandas,

pero, siendo su único aspecto en común la insatisfacción, habrá de ser una de las demandas particulares la que, sin dejar de representar su particularidad, juegue el rol de “significante de una universalidad más amplia”¹³. Dicha demanda ha de ser lo suficientemente vaga y vacía de contenido como para poder, mediante un ejercicio hegémónico cargado de simbología y de elementos culturales, representar a la heterogénea pluralidad de demandas.

Llegado este momento, el populismo muestra su registro schmittiano y traza “una frontera política que divide a la sociedad en dos campos y convoca a la movilización”¹⁴ de aquellos cuyas demandas han sido ignoradas por las instituciones contra el bloque de poder insensible a las mismas. El establecimiento de esta frontera es condición *sine qua non* para la emergencia de la subjetividad popular ya que, sólo¹⁵ a partir de la demonización del sector opresor el discurso populista cohesiona al sector oprimido y lo dota de una identidad que lo torna operativo políticamente¹⁶. Una vez instituida, esta identidad invierte la ecuación inicial, se eleva ante las diferentes demandas que le dieron la vida y “comienza a comportarse como su fundamento”¹⁷. El *nuevo pueblo* se convierte en todo lo que importa.

Nacido de la insatisfacción de las demandas, el pueblo señala al bloque de poder como falso representante de la totalidad social, se alza como legítima totalidad y expropia al mismo su rol representativo¹⁸. En este gesto se erige como el núcleo irradiador de una soberanía que no es “originaria como la de la nación, sino construida hegémónicamente por medio del trabajo retórico”¹⁹.

El populismo –y aquí se vuelve incomprendible para las concepciones minimalistas– se preocupa por el pueblo en tanto que sustrato de legitimidad del orden y no por las construcciones institucionales a las que ese sustrato pueda dar lugar. Muchas manifestaciones políticas pueden seguir el proceso aquí descrito y mostrarse ideológicamente opuestas ya que, como se ha dicho, el populismo tiene más que ver con un modo de articular lo político que con un contenido político o ideológico particular.

Ya se han visto cuáles son las condiciones de posibilidad para el nacimiento de la comunidad populista, resta hacer mención a un elemento crucial en el cierre, estabilización, movilización y existencia misma del pueblo: el líder populista.

A partir de una mirada particular –y polémica– sobre el psicoanálisis, la teoría populista señala la figura del líder como imprescindible, como el objeto

¹³ *Ibidem*, p. 124.

¹⁴ C. Mouffe, *Por un populismo de izquierda*, Madrid, Siglo XXI, 2018, pp. 24-25.

¹⁵ Cabe mencionar que Mouffe explora la posibilidad de suplantar la dinámica antagónica por una de tipo agonista que permita reconocer al otro en términos de adversario y no de enemigo. Cf. C. Mouffe, *En torno a lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

¹⁶ F. Panizza, *op. cit.*

¹⁷ E. Laclau, *La razón populista*, *op. cit.*, p. 122.

¹⁸ J. C. Portantiero y E. de Ipola, *Lo nacional popular y los populismos realmente existentes*. Nueva Sociedad 54, 1981, pp. 7-18.

¹⁹ L. Bazzicalupo, *Tomar en serio el populismo para criticarlo*, Soft Power 6(1), 2019, p. 392.

⁷ E. Laclau, *La razón populista*, *op. cit.*

⁸ S. Freud, *Psicología de las masas*, Madrid, Alianza Editorial, 2010.

⁹ M. P. Mejía, *El ideal del yo bajo la tutela del superyó*, Affectio Societatis 3, 1999, p. 2.

¹⁰ S. Freud, *op. cit.*, p. 25.

¹¹ *Ibidem*, p. 63.

¹² E. Laclau, *La razón populista*, *op. cit.*

de amor privilegiado que representa a la comunidad y sutura la falta. Todo el proceso abstracto descrito se concreta a través de su ser, siendo su nombre objeto de una *investidura radical* que lo convierte en el significante vacío último. Su figura consigue que “lo irrepresentable desde el punto de vista conceptual se torne representable desde el punto de vista personal”²⁰. El nombre del líder es el único elemento capaz, mediante el despliegue de energías libidinosas, de hacer inteligible la heterogeneidad social, representarla, darle compacidad y hacerla operativa políticamente. Por tanto, sin líder no hay comunidad política populista²¹.

1.2.1. Los límites de la teoría populista

Darwin afirmó que la horda era la forma primitiva de organización social y que en la cima de la jerarquía social se encontraba un líder. Pero más allá de la forma histórica de organización y gracias al proceso evolutivo, hoy “los seres humanos dotados de un yo ideal fuerte están en condiciones, dice Freud, de sustituir al líder por una idea abstracta”²². La imprescindibilidad de un caudillo en toda formación social parece ser cuestionada por el mismo Freud cuando afirma que una masa organizada correctamente es capaz de emplazar su Ideal del Yo en una idea abstracta.

La teoría populista, en tanto que obcecada en la necesidad de un líder afectivo que resuelva todos los problemas de la comunidad, se despreocupa –quizás involuntariamente– de la subjetivación crítica de los sujetos y limita su potencial humano a una dinámica primitiva que los empuja a abandonarse al amor de un caudillo²³. Omite esta parte de la teoría freudiana y olvida que el caudillo de la masa primaria al que confía la operatividad de su proyecto político “es también el padre de la horda primitiva al que sus hijos se ven obligados de asesinar debido a su dominio tiránico”²⁴.

Dicho lo cual, parece que los sujetos más apropiados para la formación de comunidades encabezadas por un caudillo, son aquellos cuyo Ideal del Yo no ha sido refinado por un trabajo psíquico individual y/o colectivo complejo ya que éstos tienden a confundir su instancia ideal con su Yo narcisista, facilitando considerablemente la elección de un caudillo. Como dice Freud: “bastará que el mismo posea, con espe-

cial relieve, las cualidades típicas de tales individuos y que dé la impresión de una fuerza considerable”²⁵.

Esto, sin embargo, no quiere decir que un sujeto particular con una instancia ideal correctamente elaborada no pueda verse arrastrado por una lógica populista y viceversa. En cualquier realidad social, por definición compleja, no caben afirmaciones categóricas de este tipo. La vinculación a un tipo de masa o a otra estará determinada, además de por el psiquismo del sujeto, por una serie de elementos culturales sobredeterminados y contingentes.

2. La razón neoliberal

Como ya se anticipó en la introducción de la presente investigación, lejos de tomar el neoliberalismo como un concepto ya dado, cuya significación estaría fijada por ciertos lugares comunes erigidos en la instancia del discurso público –lo cual condenaría cualquier análisis a la inoperancia–, la problematización del neoliberalismo será otro pilar de nuestra reflexión teórica.

Como señalan Laval y Dardot, el neoliberalismo ha sido usualmente interpretado “como si fuera al mismo tiempo una *ideología* y una *política económica* directamente inspirada en esta ideología. El núcleo duro de esta ideología estaría constituido por la identificación del mercado como una realidad natural”²⁶. Desde esta perspectiva, el neoliberalismo no sería sino una reformulación del liberalismo clásico y el dogma del *laissez-faire*. Así, el corolario de este enfoque es la negación de la existencia del neoliberalismo o, en todo caso, su especificidad con respecto al liberalismo clásico²⁷.

Frente a dichas concepciones, el enfoque propuesto en el presente artículo comparte importantes similitudes con aquel que adopta Wendy Brown en uno de sus más recientes esfuerzos teóricos. En esta propuesta también convive una aproximación de corte marxista, que se interesaría por el neoliberalismo en cuanto “abre paso a un nuevo capítulo del capitalismo y genera nuevas fuerzas, contradicciones y crisis”²⁸, con la concepción que Michael Foucault²⁹ inaugura del neoliberalismo entendido como racionalidad gubernamental. Esta concepción foucaultiana indagará en el neoliberalismo en cuanto “alteración radical de los valores, coordenadas y principios de realidad que gobiernan, o «conducen la conducta», en órdenes liberales”³⁰. Los dos polos desde los que se propone abordar el análisis

²⁰ J. L. Villacañas, *Populismo*, Madrid, La Huerta Grande, 2015, p. 76.

²¹ Sirva esto de explicación sobre el por qué de que los más importantes regímenes políticos populistas son llamados de acuerdo al nombre de su líder –piénsese en el peronismo, chavismo, trumpismo, etcétera–.

²² J. L. Villacañas, *Populismo*, op. cit., p. 99.

²³ Resulta curioso que Laclau, lector de Freud y de Gramsci, no comparta la centralidad política que otorgaba el sardo a la figura del intelectual colectivo, esto es, una masa estructurada en torno a una idea abstracta que confía en los procesos complejos de subjetivación para producir un nuevo orden social. Sin ser un apasionado freudiano, Gramsci parece aprehender más adecuadamente sus lecciones psicoanalíticas.

²⁴ J. L. Villacañas y A. Garrido (Eds.), *Republicanismo, Nacionalismo y Populismo como formas de la política*, Madrid, Dado Ediciones, 2021, p. 524.

²⁵ S. Freud, *op. cit.*, p. 77.

²⁶ P. Dardot y C. Laval, *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Madrid, Gedisa, 2015, p. 12.

²⁷ Por otro lado, estos enfoques tienden a ignorar que el neoliberalismo, en el ámbito ideológico, dista mucho de constituir un cuerpo teórico homogéneo y congruente. También sería un error tratar de interpretar ciertas experiencias históricas de gobierno neoliberal bajo la clave de inteligibilidad de su adecuación a determinada corriente del pensamiento neoliberal o buscando encontrar, en los hechos mismos, una suerte de coherencia, habida cuenta el grado de hibridación, mezcolanza e incongruencia de estos procesos.

²⁸ W. Brown, *En las ruinas del neoliberalismo: el ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*, Madrid, Traficantes de sueños, 2021, p. 47.

²⁹ M. Foucault, *Nacimiento de la Biopolítica*, Madrid, Akal, 2009.

³⁰ W. Brown, *op. cit.*, p.46.

del neoliberalismo se encuentran fuertemente interrelacionados, pues el gobierno de la conducta y la conciencia devendrá fundamental a fin de sostener la viabilidad del sistema capitalista.

Además, es de interés subrayar uno de los hilos conductores entre las dos perspectivas teóricas que Brown propone articular: la radical historicidad del capitalismo, lo cual, en palabras de Foucault, supondrá que “[el proceso del capital] solo tiene y puede tener realidad histórica dentro de un capitalismo que, por su parte, es económico-institucional, (...) [de modo] que el capitalismo histórico que conocemos no es deducible de la única figura posible y necesaria de la lógica del capital”³¹.

Las implicaciones de esta constatación tendrán un profundo alcance en el acercamiento analítico a la forma económico-institucional en la que en nuestros días, de forma predominante, se manifiestan las lógicas del capital: el neoliberalismo. Así, esta premisa supone el cuestionamiento de cualquier noción teleológica y lineal en el desarrollo de las diferentes concreciones históricas del capitalismo. No debe, en este sentido, subestimarse la plasticidad y el potencial refundador del capitalismo, así como tampoco debe olvidarse que la historicidad del mismo lleva rechazar cualquier noción que tienda a naturalizarlo y, por lo tanto, reconocer su finitud.

Sin embargo, cabe puntualizar que, si bien únicamente desde esta compleja articulación de perspectivas podrán comprenderse en toda su amplitud las implicaciones que tiene el neoliberalismo en las sociedades contemporáneas, en el presente estudio tendrá un mayor peso el polo foucaultiano. En este sentido, se indaga en el neoliberalismo fundamentalmente en tanto razón que tiende a estructurar la dinámica de la sociedad contemporánea³².

A este respecto, las siguientes líneas de Laval y Dardot son de notable interés por cuanto sintetizan algunos de los elementos nucleares de la razón neoliberal:

La racionalidad neoliberal tiene como característica principal la generalización de la competencia como norma de conducta y de la empresa como modelo de subjetivación. (...) El neoliberalismo es la razón del *capitalismo contemporáneo*. (...) El neoliberalismo se puede definir como el conjunto de los discursos, de las prácticas, de los dispositivos que determinan un nuevo modo de gobierno de los hombres según el principio universal de la competencia³³.

Esta caracterización puede resumirse en tres elementos fundamentales que a continuación serán desarrollados. El primer elemento –y más impor-

tante, puesto que del mismo se desprende el resto– se trata de la instauración de la *competencia* como principio que articula esta nueva racionalidad, desplazando así al principio de intercambio propio de la racionalidad liberal. La consecuencia será sagazmente expuesta por Foucault: “lo esencial del mercado es la competencia: ya no la equivalencia, sino, al contrario, la desigualdad”³⁴.

En su exposición de los rasgos definitorios de dicha competencia, Foucault introduce el segundo elemento de nuestra exposición:

la competencia como lógica económica esencial sólo aparecerá y producirá sus efectos de acuerdo con una cantidad de condiciones que habrán sido cuidadosa y artificialmente establecidas (...) La competencia pura debe y no puede ser más que un objetivo, un objetivo que supone, por consiguiente, una política indefinidamente activa³⁵.

De este modo, el mercado será caracterizado como una instancia sobre la que ya no es legítimo, sino necesario intervenir. Así, la cuestión fundamental para la racionalidad neoliberal se trata de dilucidar qué formas de intervención son legítimas y cuáles no en atención al fin último de preservar la competencia.

El último elemento que caracteriza la racionalidad neoliberal será la “multiplicación de la forma ‘empresa’ dentro del cuerpo social (...). Se trata de hacer del mercado, de la competencia y por consiguiente de la empresa, lo que podríamos llamar poder informante de la sociedad”³⁶. Esto no supondrá simplemente la instauración de la empresa como principal sujeto que opera en el mercado, sino que dicho modelo empresarial –con las lógicas que el mismo comprende– pasa a moldear la forma que debe adoptar el Estado y, fundamentalmente, los sujetos.

2.1. Orden neoliberal y subjetivación

Tras esta sucinta exposición acerca del neoliberalismo resta, a partir de todos los elementos desarrollados en la misma, referirnos al proceso de subjetivación que se constituye en el seno de esta nueva racionalidad. Es decir, qué tipo de sujeto produce y, en último término, qué campo de posibilidades se abre para su articulación política.

El neoliberalismo, como anteriormente el liberalismo, tiene entre sus pretensiones la de producir un *homo oeconomicus*, aunque existirán diferencias fundamentales entre estas dos antropologías. En este sentido, el neoliberalismo viene a romper con la separación entre las diferentes esferas de la existencia que aún promulgaba la doctrina liberal y, en último término, la clásica distinción público-privado, lo cual desemboca en una colonización por parte de las lógicas del mercado de toda una serie de instancias tradicionalmente concebidas como no-económicas³⁷. Así, el *homo oeconomicus neoliberal* se entenderá a partir de

³¹ M. Foucault, *Nacimiento de la Biopolítica*, op. cit., p. 170.

³² Resulta conveniente resaltar que la delimitación del enfoque, en este caso, no supone cercnar el objeto para estudiar en detalle uno de sus elementos. Por el contrario, “el análisis en términos de gubernamentalidad destaca el carácter transversal de los modos de poder ejercidos en una sociedad en una misma época”, misma lógica, distintos dominios –político, económico, social, subjetivo, etcétera-. C. Laval y P. Dardot, *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, op. cit., p. 17.

³³ P. Dardot y C. Laval, *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, op. cit., p. 15

³⁴ M. Foucault, *Nacimiento de la Biopolítica*, op. cit., p. 130.

³⁵ *Ibidem*, p. 132.

³⁶ *Ibidem*, p. 161.

³⁷ Desde coordenadas teóricas deudoras de la teoría marxiana, este fenómeno es denominado como subsunción de la vida en el capital. Cf. I. Arcos, *En torno a la subsunción de*

una relación del sujeto individual consigo mismo que sea homóloga a la relación del capital consigo mismo: una relación, precisamente, del sujeto con él mismo como «capital humano» que debe aumentar indefinidamente, o sea, un valor que hay que incrementar cada vez más³⁸.

De este modo, el neoliberalismo y sus principios “reorientan al propio *homo œconomicus*, transformándolo de un sujeto de intercambio y satisfacción de necesidades (liberalismo clásico) a un sujeto de competición y ampliación de capital humano (neoliberalismo)”³⁹.

Esto tendrá una serie de consecuencias: naturalización del riesgo, creación de situaciones de mercado en un sentido negativo –esto es, exponer a los trabajadores más directamente a las fluctuaciones del mercado por medio de la disminución de las protecciones y las solidaridades colectivas–, responsabilización del individuo, etcétera. De este modo, la colonización por parte de las lógicas del mercado de todas las esferas de la existencia, la cual pasaría a estar determinada por el principio de competencia, conducirá a la erosión de cualquier lógica de solidaridad y, en última instancia a la hipotética imposibilidad de una comunidad.

Sin embargo, esta potencial desarticulación del ámbito social y, por lo tanto, de cualquier alternativa política frente al orden neoliberal, deberá interpretarse, en todo caso, como movimiento tendencial –nunca absoluto– de la lógica neoliberal y al que, por lo tanto, siempre es posible ofrecer resistencia. Volviendo de nuevo a Foucault, debemos recordar que, en lo que se refiere a estos dispositivos biopolíticos que la conjunción poder-saber neoliberal emplea para transformar la vida humana, el análisis planteado “no significa que la vida haya sido exhaustivamente sometida a técnicas que la dominen o la administren; escapa de ellas sin cesar”⁴⁰.

2.2. (Auto)gobierno neoliberal: el plus-de-goce como proyecto vital

Aún resta referirse a una cuestión fundamental: cómo la gubernamentalidad neoliberal, entendida desde una concepción amplia que incluye en el análisis la instancia del *gobierno de uno mismo*, articula el ámbito de la libertad personal a partir del imperativo del goce, instaurando el mercado como instancia privilegiada para la obtención del mismo.

En referencia a la primera cuestión, la noción de gubernamentalidad no tendrá un significado homogéneo a lo largo de la obra de Michel Foucault. Así, el término pasó de referirse a la actividad por la cual, a través de ciertas tecnologías y estrategias de poder-saber, se dirige la conducta de los sujetos, a alcanzar un sentido aún más amplio en sus últimos trabajos. De este modo, la gubernamentalidad pasará de refe-

la vida en el capital: dominación, producción y perspectivas críticas sobre el capitalismo presente, Oxímoros revista internacional de ética y política 9, 2016, pp. 126-145.

³⁸ P. Dardot y C. Laval, *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, op. cit., p. 21

³⁹ W. Brown, op. cit., p. 45.

⁴⁰ M. Foucault, *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 2019, p. 128.

rirse únicamente al gobierno ejercido sobre los otros a ser entendida como “el gobierno de uno mismo y de los otros, (...) todo [lo cual] constituye una cadena, una trama”⁴¹. Será en este sentido en el que debemos entender la siguiente aseveración de Laval y Dardot: “el gobierno requiere la libertad como su condición de posibilidad: (...) gobernar mediante la libertad, o sea, jugar activamente con el espacio de libertad dejado a los individuos para que acaben sometiéndose por sí mismos a ciertas normas”⁴².

Esta pretensión del neoliberalismo de dirigir los intereses y, con ello, el modo en que los sujetos se gobiernan a sí mismos en este *espacio de libertad* instituido tendrá además, como uno de sus objetivos principales, tratar de socavar cualquier apuesta emancipadora que pueda surgir de esta instancia de autogobierno, procurando que se produzca una coincidencia idealmente absoluta entre la manera en la que el sujeto se gobierna a sí mismo y la manera en la que es gobernado. De este modo,

las nuevas técnicas de ‘la empresa de sí’ alcanzan, sin duda, el colmo de la alienación al pretender suprimir todo sentimiento de alienación: obedecer el propio deseo y al Otro que habla en voz baja dentro de uno mismo, todo es lo mismo. El management moderno busca en este sentido un gobierno “lacaniano”: el deseo del sujeto es el deseo del Otro⁴³.

La gubernamentalidad neoliberal se valdrá a este fin del dispositivo rendimiento/goce, el cual establecerá una relación entre el sujeto y el mercado caracterizada por el deber de rendimiento de aquel hacia el mercado que posteriormente sería recompensado con el derecho al goce. Así, el neoliberalismo construye un sujeto que, cada vez más adverso a cualquier experiencia colectiva de índole política, edifica su proyecto vital en torno al imperativo del goce inmediato e inmanente que promete el mercado, erigido como instancia proveedora de un perpetuo plus-de-goce.

3. Una paradoja epocal

Tras este acercamiento a los fenómenos del neoliberalismo y el populismo, pareciera que sus respectivos mecanismos de subjetivación tienen consecuencias completamente dispares. La biopolítica neoliberal produce un *homo œconomicus* ensimismado y en conflicto con una sociedad que se le presenta como un escenario competitivo en el que no hay espacio para lo político. En cuanto al sujeto propio del populismo, el pueblo, éste se edifica sobre unos canales afectivos que no responden al mercado como lugar de constitución y cuyo reclamo pertenece al ámbito de lo político.

Entendiendo la racionalidad neoliberal como histórica y, por lo mismo, contingente, se arriba a la conclusión de que esta no es ni inmutable ni totalmente coherente. Al contrario, debido a los conflictos y convergencias con la realidad social que se desarro-

⁴¹ M. Foucault, *Hermenéutica del sujeto*, Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1994, p. 89.

⁴² P. Dardot y C. Laval, *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, op. cit., p. 16

⁴³ Ibidem, p. 332.

llan en su seno, se encuentra en constante cambio y adaptación. Tener en cuenta estas cuestiones ayuda a comprender lo paradójico de una actualidad política convulsa en la que el neoliberalismo más agresivo es activado por parte de actores marcadamente populistas. En este contexto cabe preguntarse si acaso el neoliberalismo contemporáneo no ha comenzado a hacer de la lógica populista un aliado en su intento de asegurar la viabilidad del capitalismo.

3.1. Una convergencia de época

A continuación se indagará en cómo, ante un aparente agotamiento de la forma política tradicional del liberalismo, el populismo parece presentar una alternativa político-institucional adecuada a las necesidades del capitalismo contemporáneo. Así, se asistiría a una novedosa convergencia entre las razones neoliberal y populista, que abre la posibilidad a un nuevo tipo de práctica política *aparentemente contradictoria*.

Las sociedades de mercado contemporáneas prometen la satisfacción de todos los deseos a través de su racionalización en la forma mercancía, desplegando un escenario en el que el goce sólo puede ser alcanzado mediante un modelo de consumo que exige una continua explotación de las capacidades mentales y físicas⁴⁴. La mera existencia de esta promesa –pues su cumplimiento es imposible– torna prescindibles los elementos sociales ajenos al mercado y desecha toda herramienta cultural que persiga el cultivo de instancias yoicas complejas. En esta tesitura, se disuelve el antagonismo freudiano entre el *principio de placer* y el *principio de realidad*, quedando intacta la formación narcisista originaria de los sujetos⁴⁵. En otras palabras, el placer narcotizante del capitalismo imposibilita que el intelecto haga esfuerzos y desarrolle instancias yoicas complejas, dificultando el alcance de la autonomía psíquica por parte de unos sujetos que se ven desapegados de toda expectativa de conciencia social y comprensión general⁴⁶. Como se ha visto, estos sujetos, “carentes de un Ideal del Yo consistente, se dejan entrar en las cadenas equivalenciales y proyectan sus exigencias narcisistas primarias mediante una identificación con el representante vacío”⁴⁷.

Al reducir al mínimo la función de condena moral del *homo œconomicus* neoliberal, dicha razón engendra en los mismos una *conciencia feliz* carente de toda culpa que los induce a lanzarse deshinibi-

damente a la satisfacción directa de sus placeres⁴⁸. Esta dinámica placentera, que despacha vigorosamente la censura de la cultura, genera un circuito cerrado en el que los individuos, persiguiendo un goce que nunca es pleno, reproducen ansiosa y acríticamente las lógicas competitivas del orden hegemónico. Aquí se observa una suerte de equivalencia entre la gubernamentalidad neoliberal y el pueblo del populismo en tanto que comparten la imposible empresa de hacer olvidar la falta lacaniana mediante una dinámica que ha de ser continua –al igual que la promesa neoliberal de goce en el consumo, el pueblo populista mantiene la esperanza de una plenitud política que lo mantiene vivo–.

Además, esta dinámica que promete un plus-de-goce ilimitado, se ve constreñida por dos límites intrínsecos al mercado. En primer lugar, la vinculación del goce al rendimiento no solo niega el primero a un notable porcentaje de la población global perdedora en el juego de la competencia⁴⁹, sino que lo expone a una situación de carencia material que se conjuga con el desentendimiento del Estado con respecto de cualquier prestación social y el socavamiento de la eficacia institucional. Este escenario posibilita un crecimiento exponencial de demandas las cuales son condición previa de toda cadena equivalencial populista. En segundo lugar, el mercado, al carecer de un elemento capaz de ejercer el rol de *point de capitón*⁵⁰, se muestra impotente a la hora de suplir la falta originaria del sujeto, lo que genera una necesidad de (re)encuentro con el otro, de reconocimiento mutuo y, en última instancia, de pertenencia.

El populismo descrito por Laclau⁵¹, partiendo de las enseñanzas de Lacan y Freud, es conocedor de que, aún en un contexto con una fragmentación social extrema como el que genera el neoliberalismo, el ser humano presenta una necesidad afectiva que no puede obviarse. El argentino interpreta sagazmente la coyuntura social y visualiza en el modo de articulación populista una lógica que se vale de la constitución psíquica del sujeto contemporáneo para tratar de superar el estadio político actual. Es debido a esta convicción que su discurso apunta directamente a la falta constitutiva de todo sujeto, a su necesidad de pertenencia y de comunidad y le ofrece un elemento que, a diferencia de la gubernamentalidad neoliberal, está en condiciones de actuar como *point de capitón* y promete hacer olvidar a todo sujeto la falta originaria que el neoliberalismo, en su acción individualizante, no hace sino testimoniar violentamente: el líder. Lejos de constituir su antítesis, el populismo parece encontrar en el terreno labrado por el neoliberalismo, la materia prima con la que nutrir su discurso. En definitiva, el populismo es hoy una de las

⁴⁴ J.L.Villacañas., *Neoliberalismo como teología política. Habermas, Foucault, Dardot, Laval y la historia del capitalismo contemporáneo*, Barcelona, Ned ediciones, 2020.

⁴⁵ El placer es uno de los elementos que rige los procesos psíquicos, pero este “corresponde a un funcionamiento primario del aparato anímico y es inútil, y hasta peligroso en alto grado, para la autoafirmación del organismo frente a las dificultades del mundo exterior” por lo que el Yo se ve en la necesidad de evolucionar y complejizarse, para así poder satisfacer sus impulsos, ahora por vías indirectas. S. Freud, *op. cit.*, pp. 98-99.

⁴⁶ H. Marcuse, *El hombre unidimensional*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1969.

⁴⁷ C. Ruiz y J.L. Villacañas, *Populismo versus republicanismo: genealogía, historia, crítica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2018, p. 571.

⁴⁸ W. Brown, *op. cit.*

⁴⁹ Las constantes revoluciones en la esfera productiva, que aparecen como uno de los principales remedios a la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, provocan un aumento de la importancia relativa del capital constante en la producción y, por tanto, una significativa expansión del contingente de mano de obra excedente. Esta dinámica se suma a toda una serie de factores que radicalizan la lógica de la competencia.

⁵⁰ J.L.Villacañas., *Neoliberalismo como teología política. Habermas, Foucault, Dardot, Laval y la historia del capitalismo contemporáneo*, op. cit.

⁵¹ E. Laclau, *La razón populista*, op. cit.

manifestaciones de la incompletitud de lo social; la respuesta hiperpolítica de una sociedad que sufre la colonización mercantil de sus subjetividades individuales.

3.2. El nuevo neoliberalismo populista y los límites del populismo de izquierdas

Debe señalarse que, hasta este momento, se ha referido una noción de populismo en términos de lógica política –de ontología política, si se quiere– según la cual, el populismo coincidiría con lo político mismo, independientemente de sus manifestaciones históricas. Sin embargo, también resulta pertinente distinguir entre los distintos populismos históricos, cuyas implicaciones con respecto del neoliberalismo presentan particularidades diversas. El objetivo será argumentar que tanto el populismo de derechas como el de izquierdas, aunque por distintos motivos, son incapaces de ofrecer una alternativa al neoliberalismo; incapacidad que, en último término, responde a la lógica misma del populismo.

A fin de afrontar la primera cuestión, debe señalarse que la distinción entre populismo de izquierdas y de derechas es, sin dudas controvertida. Es más, hay quienes, como Jorge Alemán⁵², rechazan dicha categorización, en este caso, por entender que el populismo no puede ser de derechas, en tanto que el papel de la homogeneidad en el discurso derechista impediría la emergencia de cualquier articulación hegemónica, que necesariamente comprende la diferencia. En cualquier caso, Alemán es consciente de que dicha postura contrasta con la sostenida por el propio Laclau. Ya en 1985, el teórico argentino, junto a Mouffe, señaló que “sea cual fuere la orientación política que cristaliza el antagonismo (lo que dependerá de las cadenas de equivalencia que lo constituyan), la forma del antagonismo en cuanto tal es idéntica en todos los casos”⁵³. De este modo, serán las demandas articuladas por cada sujeto popular las que determinen su inclinación ideológica. Ya en la obra referenciada, Laclau y Mouffe dan buena cuenta de que el surgimiento de la derecha neoliberal a finales de la década de 1970 responde a un ejercicio de articulación hegemónica, tesis que fue desarrollada por pensadores como Stuart Hall⁵⁴, el cual analizó el Thatcherismo en tanto manifestación política populista. En cualquier caso, la distinción entre populismo de derechas y de izquierdas será sostenida por Laclau⁵⁵ y, especialmente, por Mouffe⁵⁶, también en su obra teórica posterior.

Habiendo argumentado la pertinencia de esta distinción, se comenzará por abordar la implicación entre el populismo de derechas y el neoliberalismo. Aunque el estudio de la misma puede remontarse, como se ha señalado, a la obra de Stuart Hall, conviene realizar una serie de puntualizaciones acerca de lo que se presenta como una nueva articulación

entre populismo y neoliberalismo. Probando la validez de la afirmación de Laval y Dardot, según la cual lo que caracterizaría al gobierno neoliberal es que “se alimenta y se radicaliza por medio de sus propias crisis”⁵⁷, el nuevo populismo de derechas apela precisamente a las clases trabajadoras nacionales, a los perdedores en el juego del mercado. Así, la refundación del *arte de gobernar* neoliberal en clave populista permitiría canalizar el malestar provocado por la precariedad y la desigualdad propias de las sociedades contemporáneas sin hacer peligrar la continuidad de la sociedad capitalista.

Como señala Wendy Brown, el cuestionamiento de ciertos privilegios históricos como la blanquitud o la masculinidad, que de forma indirecta provoca la configuración del mercado como única instancia proveedora de privilegio, ha generado en importantes sectores de la clase trabajadora un profundo resentimiento: un sector de los hombres blancos de clase trabajadora “escenifican la supremacía ahora como una cruda demanda de privilegios, un montaje que converge poderosamente con el asalto neoliberal a la igualdad y la democracia, lo social y lo político”⁵⁸. De este modo, la radical impugnación del establishment –en el que figuraría la élite política pero también, toda una serie de colectivos como, por ejemplo, los inmigrantes, o diversos movimientos en favor de la justicia social–, paradójicamente converge con la conservación del orden neoliberal. En resumidas cuentas, el populismo de derechas realiza una suerte de exportación de las dinámicas propias del *homo œconomicus* neoliberal desde la individualidad de los sujetos hacia el pensamiento de la nación.

En cualquier caso, limitar la argumentación en torno a las implicaciones entre populismo y neoliberalismo al populismo de derechas no ofrecería mucho más que una explicación a un fenómeno que, tras experiencias como los gobiernos de Trump o Bolsonaro, resulta evidente y, en todo caso, ha gozado de una importante cobertura en el ámbito académico. Como se ha argumentado anteriormente, los límites del populismo para superar el horizonte neoliberal residen, en última instancia, en sus particularidades en tanto lógica política. Por ello, resulta importante exponer ahora que, si bien el populismo de derechas –desde el Thatcherismo, aunque en la actualidad con las particularidades que hemos esbozado– se encuentra frecuentemente comprometido con el mantenimiento del orden neoliberal, el populismo de izquierdas tampoco parece ofrecer una alternativa. Ello no en virtud de un compromiso consciente con el neoliberalismo, puesto que dichos populismos frecuentemente se han autodescrito en términos de oposición a aquél, sino por los límites propios de la lógica populista.

Una de las principales defensoras de una alternativa populista de izquierdas, además del propio Laclau, ha sido Chantal Mouffe⁵⁹. En síntesis, la pensadora francesa considera que la actual coyuntura sociopolítica constituye un *momento populista* en el

⁵² J. Alemán, *Horizontes neoliberales en la subjetividad*, Buenos Aires, Grama ediciones, 2016.

⁵³ E. Laclau y C. Mouffe, *op. cit.*, p. 209.

⁵⁴ S. Hall, *The great moving right show. Marxism Today*, 1979 y S. Hall, *Authoritarian populism: A reply to Jessop et al.*, New left review, 1985.

⁵⁵ E. Laclau, *La razón populista*, *op. cit.*

⁵⁶ C. Mouffe, *Por un populismo de izquierda*, *op. cit.*

⁵⁷ P. Dardot y C. Laval, *Anatomía del nuevo neoliberalismo*. Viento sur, 2019, p. 2.

⁵⁸ W. Brown, *op. cit.*, p. 239.

⁵⁹ C. Mouffe, *Por un populismo de izquierda*, *op. cit.*

que, a pesar del consenso pospolítico propio de las democracias occidentales contemporáneas, emergen unas resistencias contra la oligarquización de los sistemas políticos que permiten articular un populismo progresista que, considera, debe alejarse de los consensos neoliberales para recuperar la centralidad de los ideales democráticos. A este respecto, cabría cuestionar si los populismos de izquierda realmente existentes, como, para el caso europeo, los de SYRIZA o Podemos han estado en algún momento en condiciones de plantear una alternativa al proyecto neoliberal. En cualquier caso, lo mismo deberá ser objeto de otras investigaciones, puesto que lo relevante para la presente es argumentar en el ámbito teórico los límites de una alternativa populista de izquierdas.

Uno de estos límites puede encontrarse en el establecimiento por parte de Laclau⁶⁰ de la demanda como unidad mínima de análisis. Lo mismo lo ha sabido ver Villacañas⁶¹, el cual advierte que toda la argumentación de Laclau está fundamentada sobre una premisa liberal, lo cual implicaría que "para Laclau, el sujeto político es, por encima de todo un sujeto liberal y, hasta cierto punto, es visto como un consumidor de ciertos bienes"⁶². En cualquier caso, dicho límite también es planteado por un importante partidario del populismo de izquierdas como es Jorge Alemán al señalar que "un problema que podría plantearse en términos lacanianos, es que una demanda insatisfecha, ya por el solo hecho de ser demanda, habla el idioma del Otro, está dirigida al Otro"⁶³. Sin embargo, Alemán no se detiene ahí y señala además que "también cabe la posibilidad de que ese goce sea de la propia insatisfacción y no necesariamente se preste la demanda a esa cadena de articulación que permite la cadena equivalencial"⁶⁴. De este modo, no solo parece inadecuado plantear la demanda como punto de partida de una propuesta de izquierdas, sino que, además, una lectura lacaniana, que el propio Laclau se atribuye, advierte de que de la insatisfacción de una demanda en ningún caso se puede deducir lógicamente siquiera la posibilidad de articulación de esta.

Por otro lado, también debe señalarse que la impronta schmittiana del populismo laclausiano plantea dificultades a un populismo de izquierdas. Precisamente, la lógica amigo-enemigo, aunque resulta útil para ofrecer la oposición a un orden sociopolítico determinado, se muestra incapaz de ofrecer una alternativa a dicho orden. Así, la oposición populista siempre es parcial, puesto que implica en la misma medida dependencia con respecto del enemigo, en tanto que la frontera que se establece con respecto del mismo es aquello que garantiza la permanencia del momento populista. En resumidas cuentas, Laclau⁶⁵, al rechazar la herencia

hegeliana del pensamiento marxiano, en la cual residirían, para el argentino, sus implicaciones esencialistas, debe prescindir de cualquier noción de *Aufhebung*, haciendo impracticable una alternativa no ya al neoliberalismo, sino, en términos más amplios, a la formación social capitalista. En este sentido se dirige la crítica de Žižek, el cual señala que los planteamientos de Laclau "nunca cuestionan los principios fundamentales de la economía capitalista de mercado ni el régimen político democrático liberal; nunca contemplan la posibilidad de un régimen político económico completamente diferente"⁶⁶. Sólo estableciendo una definición de izquierda que prescinda de esta última posibilidad sería posible hablar de un populismo de izquierda.

Finalmente, Éric Fassin⁶⁷, que recientemente ha estudiado las implicaciones entre populismo y neoliberalismo, señala otro de los límites del populismo para articular una alternativa de izquierdas: la lógica populista, a pesar del intento laclausiano de convivencia entre heterogeneidad y homogeneidad, tiende a disolver la pluralidad de las minorías en la unidad del pueblo. Lo mismo es otro síntoma de la herencia schmittiana en el pensamiento de Laclau, que lega al argentino una noción de soberanía de carácter eminentemente moderno. Como se ha desarrollado con anterioridad, la figura del soberano, en el populismo laclausiano, se encuentra en la figura del líder, para cuya institución es preciso articular las demandas en una cadena equivalencial. Dicha operación únicamente puede llevarse a cabo a costa de la heterogeneidad de las demandas articuladas, de modo que la particularidad de cada una de ellas pasa a un segundo plano.

Conclusiones

Una de las principales pretensiones de la presente investigación, a fin de dotarla de herramientas teórico-conceptuales válidas para analizar el objeto de estudio propuesto, ha sido la problematización de las nociones mismas de populismo y neoliberalismo, buscando alejarse del sentido común instaurado en torno a ellas. Así, se ha definido el populismo como una lógica política que propone la constitución de una comunidad afectiva que, producto de la articulación de demandas en una cadena equivalencial, se sustentaría en el líder. Por otro lado, se ha caracterizado el neoliberalismo como la actual configuración económico-institucional del capitalismo y, fundamentalmente, como la racionalidad gubernamental que hoy le es propia.

La estudiada relación entre populismo y neoliberalismo se enmarca en un contexto histórico en el que aparece la necesidad de establecer un nuevo equilibrio, es decir, un nuevo orden que, lejos de tratarse de una refundación consciente y orquestada como la que pretendieron llevar a cabo los principales teóricos del neoliberalismo durante el siglo XX, responde tanto a las contingencias y contradicciones del capitalismo contemporáneo como a la necesidad de alcanzar una correlación de fuerzas favorable al neoliberalismo. A este fin, como se ha

⁶⁰ E. Laclau, *La razón populista*, op. cit.

⁶¹ J.L. Villacañas, *The liberal roots of populism: a critique of Laclau*, The New Centennial Review, 2010 y J. L. Villacañas, *Populismo*, op. cit.

⁶² J.L. Villacañas, *The liberal roots of populism: a critique of Laclau*, op. cit., p. 167.

⁶³ J. Alemán, op. cit., p. 72.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 72.

⁶⁵ E. Laclau y C. Mouffe, op. cit.

⁶⁶ J. Butler, E. Laclau y S. Žižek, op. cit., p. 225.

⁶⁷ É. Fassin. *Populismo de izquierdas y neoliberalismo*, Barcelona, Herder editorial, 2018.

argumentado a lo largo de la investigación, el neoliberalismo ha sumido en una profunda crisis a la forma política democrático-liberal y precisa de un nuevo arreglo político-institucional cuyo sujeto ya no cabe hallar en la figura de la ciudadanía, sino en otras afines a al *homo oeconomicus* neoliberal.

En lo que a ello respecta, se ha estudiado lo que en apariencia resulta una relación completamente antagónica entre el neoliberalismo y el populismo en tanto modelos de subjetivación, concluyendo que la relación entre estos dos órdenes es mucho más compleja, llegando incluso a alcanzar ciertas simbiosis. De este modo, las insuficiencias que la racionalidad neoliberal presenta al erigir de manera totalizante al mercado como coordenada vital del sujeto –que se concretan en la incapacidad de esta instancia de satisfacer la vocación social y afectiva del ser humano, así como de cubrir las necesidades materiales de una población global que crece de manera exponencial–, ofrecen al populismo el escenario perfecto para proliferar. Mediante la adopción de la lógica populista, el nuevo neoliberalismo parece capaz de articular en su beneficio el anhelo de afecto y las demandas materiales que produce en primera instancia. En contraste, es precisamente esta velada solidaridad entre las lógicas neoliberal y populista la que parece imponer un límite infranqueable a los movimientos populistas de izquierdas a la hora de proponer una alternativa posneoliberal.

Bibliografía

- Alemán, J., *Horizontes neoliberales en la subjetividad*, Buenos Aires, Grama ediciones, 2016.
- Arcos, I., *En torno a la subsunción de la vida en el capital: dominación, producción y perspectivas críticas sobre el capitalismo presente*, Oxímoron revista internacional de ética y política 9, 2016, pp. 126-145.
- Bazzicalupo, L., *Tomar en serio el populismo para criticarlo*, Soft Power 6(1), 2019, pp. 387-392.
- Brown, W., *En las ruinas del neoliberalismo: el ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*, Madrid, Traficantes de sueños, 2021.
- Butler, J., Laclau, E. y Žižek, S., *Contingencia, hegemonía, universalidad: diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Chamosa, O., *Populismo: crítica a la utilidad de un concepto peyorativo*, Nuevo Mundo, 2013.
- Dardot, P. y Laval, C., *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona, Gedisa, 2015.
- , *Anatomía del nuevo neoliberalismo*. Viento sur 164, 2019, pp. 5-16.
- D'Eramo, M., *El populismo y la nueva oligarquía*, New left review 82, 2013, pp. 7-40.
- Fassin, É., *Populismo de izquierdas y neoliberalismo*, Barcelona, Herder Editorial, 2018.
- Foucault, M., *Hermenéutica del sujeto*, Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1994.
- , *Nacimiento de la biopolítica*, Madrid, Akal, 2009
- , *Hay que defender la sociedad*, Madrid, Akal, 2010.
- , *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 2019.
- Freud, S., *Psicología de las masas*, Madrid, Alianza Editorial, 2010.
- Hall, S., *The great moving right show*. Marxism Today, 1979, pp. 14-20.
- , *Authoritarian populism: A reply to Jessop et al.*, New left review 151, 1985, pp. 115-124.
- Laclau, E. y Mouffe, C., *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI, 2015
- Laclau, E., *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- , *La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana*. Nueva sociedad 205, 2006, pp. 56-62.
- Marcuse, H., *El hombre unidimensional*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1969.
- Mejía, M. P., *El ideal del yo bajo la tutela del superyó*, Affectio Societatis 3, 1999.
- Mouffe, C., *En torno a lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- , *Por un populismo de izquierda*, Madrid, Siglo XXI, 2018.
- Panizza, F. (Ed.), *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Portantiero, J. C. y de Ipola, E., *Lo nacional popular y los populismos realmente existentes*. Nueva Sociedad 54, 1981, pp. 7-18.
- Ruiz, C. y Villacañas, J. L., (Eds.), *Populismo versus republicanismo: genealogía, historia, crítica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2018.
- Villacañas, J. L., *The liberal roots of populism: a critique of Laclau*, The New Centennial Review 10(2), 2010, pp. 151-182.
- , *Populismo*, Madrid, La Huerta Grande, 2015.
- , *Neoliberalismo como teología política. Habermas, Foucault, Dardot, Laval y la historia del capitalismo contemporáneo*, Barcelona, Ned ediciones, 2020.
- Villacañas, J. L. y Garrido, A. (Eds.), *Republicanismo, Nacionalismo y Populismo como formas de la política*, Madrid, Dado Ediciones, 2021.